

tiempo despues debía colocarse tambien la de otro ilustre orador.

Habiéndose entregado los esclavos al tumulto por la dilacion sufrida en el pago del sueldo ofrecido por Cinna, los hizo reunir Mario en el Foro, donde fueron degollados por millares. Embragado con la suerte, ya que no harto de sangre, cónsul por la sétima vez, no pudo librarse de la terrible expiacion de los remordimientos; procuró en vano sofocarlos bebiendo, hasta el momento en que una corta enfermedad condujo á la tumba á este septuagenario anciano (15 de enero de 86). Heredero su hijo Mario de su poder, hizo degollar á todos los senadores que se encontraron en Roma, y nombrar para el consulado á Valerio Flacco, su hechura, el que se concilió el favor de la plebe decretando que los acreedores debian considerarse pagados si se hacian con la cuarta parte de la deuda. Pero se trataba de impedir la vuelta de Sila.

Habia sitiado este general á Atenas, donde Ariston habia usurpado la tiranía (87). Como le faltaba el dinero, hacia enviar á su campo los despojos de todos los templos, y contestaba á las reclamaciones de los amficiones que aquellas riquezas estarian más seguras en sus manos; pero bromeando con sus amigos, les decia que estaba seguro de la victoria, pues los mismos dioses pagaban sus tropas. Temblaban los griegos y citaban con pesar á Flaminio, á Acilio y á Paulo Emilio, que se habian abstenido de tocar á los objetos sagrados. Pero éstos habian sido elegidos legalmente, y mandaban á guerreros sóbrios y disciplinados, tenian grande alma, y su manera de vivir era modesta; hubieran considerado igual cobardía favorecer á la soldadesca que temer al enemigo. Por el contrario, los actuales jefes alcanzaban la primera categoría usando la violencia y la corrupcion del oro; por eso tenian que tomar ejemplo de sus fautores y todo venderlo, para comprar ya votos en la plaza pública ó ya un apoyo en el ejército. Además, Sila fué el primero en dar el ejemplo en grande de estas liberalidades corruptoras.

Acosados los atenienses por el hambre, enviaron á Sila embajadores que hablaron de Teseo, Codro, Maraton y Salamina. El les respondió: *Guardad vuestros hermosos discursos para*

la escuela; yo me encuentro aqui para castigar á los rebeldes, y no para aprender vuestra historia. Concluyó por tomar la ciudad por asalto (4 de marzo) secundado por traidores que nunca faltaron en las guerras de la Grecia, y haciendo correr torrentes de sangre; tambien queria destruirla, pero se dejó ablandar y perdonó á los vivos en consideracion á los muertos.

Pero mientras que él triunfaba exteriormente, se encontraba Sila proscripto en su patria y en adelante le era preciso defenderse contra los ejércitos de la faccion adversa, enviados para combatirle y aun para matarle. El cónsul Flacco, al cual se habia destinado el gobierno del Asia, derrotaba al frente de numerosas tropas, proporcionadas por los aliados y los generales de Mitridates. Tenia por teniente á Fimbria, hombre odioso por su insaciable crueldad; habia querido, con motivo de los funerales de Mario, hacer asesinar al augur Q. Escévola, y habiendo errado el golpe, le citó á juicio. Como le preguntara todo el mundo con admiracion, de qué podria acusar á un hombre tan irrepreensible, respondió que le hacia cargo de no haber recibido en el costado toda la hoja del puñal. No le faltaron imitadores de esta lógica.

Siendo ya teniente de Flacco, sublevó Fimbria contra su jefe una parte del ejército, le derrotó y dió muerte, y despues se colocó al frente de todas las fuerzas romanas en Asia. Un dia que habia hecho levantar horcas, y que vió que eran en mayor número que los malhechores que habia que castigar, hizo que cogiesen á la casualidad entre los espectadores para llenar las plazas vacantes. A pesar de todo, como no estaba exento de valor, venció á los generales de Mitridates y apenas le dejó tiempo de refugiarse en Pitano, donde le sitió. Tenia necesidad para conquistar esta plaza fuerte del socorro de la flota; pero siendo Lúculo, que la mandaba, del partido opuesto al de Mario y Fimbria, se negó á secundarle, lo cual permitió al rey del Ponto buscarse un asilo en Mitilene. Apoderóse entonces Fimbria de Pitano y fué á sitiar á Troya. En vano le rogó Sila abandonase la empresa; tomó por asalto la ciudad, pasó á cuchillo á la poblacion, derribó los edificios y se alabó de haber exterminado más en diez dias que Agamenon en diez años.

Cogido entre dos enemigos Mitridates, man-

dó hacer proposiciones á Sila, quien por una parte deseoso de ir á ver lo que acontecia en Italia, y por otra de arrebatarse á Fimbria la gloria de esta campaña, dió oídos á ellas y consintió en una conferencia con él en Dardano, en la Troada. Acudió allí el rey del Ponto con veinte mil hombres, seiscientos caballos, multitud de carros armados de dallos y sesenta barcos; Sila con dos legiones y doscientos ginetes, pero él fué quien dictó las condiciones. Tuvo Mitridates que limitarse á aceptarlas. Se convino en que el rey retiraria sus tropas de todas las ciudades que no le perteneciesen antes de la guerra; que devolveria á Nicodeno la Bitinia, á Ariabazano la Capadocia, y todos los prisioneros sin rescate; que pagaria 2.000 talentos y proporcionaria á Sila ochenta bajeles equipados con quinientos arqueros; que no manifestaria ningun resentimiento contra las ciudades ni contra los ciudadanos que habian probado su celo en favor de los romanos.

—¿Qué me dejas?—preguntó Mitridates.—*Te dejo la mano que ha firmado la muerte de cien mil romanos.*

De esta manera fué como Sila dió feliz desenlace en ménos de tres años á una de las más peligrosas guerras, en cuyo espacio de tiempo recobró la Grecia, la Jonia, la Macedonia y el Asia; declaró independientes y aliados de Roma á los rodios, á los magnesios, troyanos y chiotas y mató ciento sesenta mil hombres á Mitridates. Hubiera podido, si hubiera querido, cogerle á él mismo y evitar de esta manera treinta años de guerra á su patria.

Fimbria, que rehusó someterse, fué vivamente atacado y reducido á tal extremidad que se dió muerte.

Impaciente Sila por reinar en Italia, explotaba el Asia, á la que imponia 20.000 talentos (100.000.000) y enviaba á sus soldados á vivir á discrecion entre aquellos que se habian manifestado adversarios de los romanos. Tenia además cuidado de conciliarse la voluntad de las tropas, cerrando los ojos sobre sus rapiñas y excesos. Despues de haber despojado los templos de Delfos, de Olimpia y Epidauro, se alojaban los soldados de Sila en los palacios, donde gozaban de las muelles delicias del Asia, baños, teatros, esclavos y serrallos; y mientras que la flota despedida por Mitridates, dividida

en pequeñas escuadras, que acabaron por piraterías y que aniquilaron al país, procuraban cubrir sus crueldades, pillajes y libertades con los excesos contrarios, dirigiendo al mismo tiempo sus miradas por el lado de la Italia con la esperanza de tratarla pronto del mismo modo.

CAPITULO XXXII

Dictadura de Sila.

Era ejercido el poder en Roma por Cinna, quien sin recoger los sufragios, se habia declarado á sí mismo cónsul por tercera vez con Papirio Carbon, y habia distribuido los empleos á quien habia querido. Pero él mismo se encontraba dominado por la soldadesca, que acostumbrada á la sangre por Mario, acabó por darle muerte.

Adelantábase Sila precedido de una fama terrible (84), acompañado de soldados avaros de botin y de desterrados poseidos de venganza. En tanto que se encontró allende los mares, habia proclamado la voluntad de restablecer el orden, y devolver á los senadores sus prerogativas; pero llegado á Brindis, con ciento veinte bajeles, cuarenta mil veteranos y seis mil caballos, sin contar algunas tropas reclutadas últimamente en Macedonia y el Peloponeso, escribió al Senado, recordando sus hazañas en las guerras de Numidia y en las que hubo contra los cimbro, los aliados latinos y Mitridates: *¿Y qué respuesta he recibido? añadió: mi cabeza ha sido puesta á precio; han sido degollados mis amigos; forzada mi mujer á andar errante lejos de su patria; demolida mi casa, confiscados mis bienes, anuladas las leyes que se hicieron durante mi consulado. Pronto me vereis á las puertas de Roma con un victorioso ejército, dispuesto á vengar mis ultrajes y á castigar á los tiranos y sus satélites.*

No habia más recurso contra semejantes amenazas que la fuerza de las armas. Reunió, pues, Roma cien mil hombres á las órdenes de los cónsules Norbano y Escipion; pero el ejército del primero fué derrotado y el del otro se pasó á Sila, al cual se reunió tambien el jóven Cayo Pompeyo, con los inmensos clientes que tenia en el Piceno, arrollando tres ejércitos que quisieron impedirle el paso. Saludó Sila al jóven y feliz guerrero con el título de *Imperator*

y le envió á vencer á la Galia Cisalpina, á Sicilia y á Africa.

Sin embargo, los partidarios de Mario no sabian á qué medios recurrir, viendo diariamente sus más recomendables tropas y ciudadanos correr á alistarse bajo las banderas de Sila. Temiendo que hiciese lo mismo Sertorio, general de gran distincion, le mandaron á España y reunieron sus esfuerzos Carbon, Norbano y Mario para conjurar el peligro. Determinaron á Poncio Telesino, valeroso capitán, á que los socorriese con cuarenta mil samnitas, restos de la guerra social; pero aumentando las deserciones con aquellos que están siempre por el más fuerte, tuvo que sucumbir el partido popular. Refugióse Mario en Prenesto (83); libre Norbano con gran trabajo de las asechanzas de uno de sus oficiales, huye á Rodas, donde se suicida por temor de ser entregado al enemigo, y espantado Carbon se retira á Africa.

Vencedor Sila por sí mismo en todas partes, por Pompeyo y sus tenientes, entra en Roma sin oposicion, reúne al pueblo, se queja de todo lo que ha tenido que sufrir, sustituye en los empleos sus amigos á los de Mario, y limitándose á amenazas vuelve á hacer la guerra: guerra terrible, donde por una y otra parte corria sangre italiana. Sabian los partidarios de Sila que cuantos más enemigos exterminasen, más tierra y oro tendría su general á su disposicion para recompensarles. Acudia Poncio Telesino con sus valientes para sostener á Prenesto; pero como Sila se aprestase á contenerle el paso, se dirigió en derecha á Roma, sabiendo que se hallaba indefensa, y declaró en alta voz que no entendia pelear en favor de Mario ni contra Sila, sino por la causa italiana, para vengar las matanzas de la guerra social y exterminar á Roma, aquella gloriosa enemiga de Italia. Al oír esta amenaza, salieron á la campaña todos los ciudadanos con armas; pero fueron rechazados. Sobrevino á la sazón Sila, y vió á los suyos en fuga, y estuvo á punto de sucumbir él mismo, si bien salió vencedor despues de haberse empeñado de nuevo el combate. Telesino fué herido de muerte y perdió en él su último héroe la causa italiana.

Libre por este lado Sila, pensó que no tenía ya más enemigos, y se abandonó á su crueldad. Habia prometido la vida á tres mil sam-

nitás, que le ofrecieron rendirse, á condicion de que degollarían á aquellos de sus camaradas que se resistieran á ello: cumplieron su promesa, y cuando tornaron á presencia de Sila, éste los llevó á Roma, y habiéndoles encerrado en el circo, mandó que fuesen asesinados todos. Sus quejidos resonaron hasta en el templo de Belona, donde él arengaba al Senado, y como viese que producía inquietud aquel siniestro ruido, dijo: *No es nada, impongo castigo á algunos facciosos*, y continuó su discurso.

¡Espantoso exordio de crueldades inauditas! Apenas se hubo rendido Prenesto, y Mario habia puesto fin á sus dias, subió Sila á su tribunal para juzgar á los prenestinos, que le habian sido contrarios, no prestándoles oídos sino en cuanto fué indispensable para dar alguna apariencia de legalidad al asesinato. Viendo posteriormente que iban dilatándose las cosas, mandó encerrar juntos á muchos miles de ellos, dió orden de que se les quitase la vida, complaciéndose en aquella horrorosa ejecucion de que permaneció espectador impasible. Uno de aquellos infelices, á quien quiso salvar la cabeza, por pertenecer á la familia de quien era huésped, le respondió generosamente: *Yo no quiero deber la vida al verdugo de mis compatriotas*; y se metió en medio de los que caminaban á la muerte. Temiendo los habitantes de Norba, en Campania, una suerte semejante á la de los prenestinos, incendiaron sus casas y perecieron con su patria.

Este fué el fin de la guerra social, que hasta entonces no se habia acabado completamente; este fué tambien el fin de la guerra civil, y Sila, de vuelta de Roma, convocó á los comicios, y dijo: *He salido victorioso. Aquellos que me han obligado á armarme contra la ciudad, expiarán hasta el último á costa de su sangre toda la que he derramado*.

De este modo necesitaba nuevas crueldades para expiar las antiguas (83). En efecto, viéronse al dia siguiente puestas de manifesto tablillas en que estaban inscritos los nombres de cuarenta de los principales senadores, y de diez y seis caballeros, denunciados todos al acero del primero que los encontrara. Sila daba dos talentos por cabeza á todo asesino, ya fuera un esclavo que hubiera dado muerte á su amo, ó ya un hijo que hubiera quitado la vida á su

padre. Eran confiscados los bienes de los proscritos, y declarados infames sus hijos hasta la segunda generacion. Estaba condenado á pena de muerte todo el que hubiera salvado la vida á su hermano, á su hijo, á su padre inscrito en la fatal lista.

Al siguiente dia fueron puestos en las tablillas doscientos veinte ciudadanos, y otros tantos al dia siguiente: se aprovechó de la ocasion para deshacerse de sus enemigos particulares; vino la codicia en apoyo de la venganza, que fué atroz y sin objeto. No fueron los templos asilo que evitara el golpe de los asesinos. El delito de la mayor parte de los proscritos consistía en tener palacios, termas, jardines, cuadros, una opulenta herencia, una mujer hermosa. Recorriendo un ciudadano las listas de proscripcion, encuentra allí su nombre, y exclama: *¡Ah infeliz! Mi casa de Alba es la que me pierde*.—A pocos pasos de allí fué degollado. El senador Lucio Catilina, de quien tendremos que hablar mucho, habia quitado la vida á su hermano para obtener su herencia: á fin de borrar su delito, hace que Sila le incluya en sus listas de muerte y le presenta otras cabezas en recompensa. Le entrega un deudo de Mario, que es azotado por las calles de Roma; en seguida le cortan las manos, las orejas y la lengua; le machacan los huesos, y su cadáver, mutilado, es arrojado al Tiber. Muéstrase indignado el ciudadano llamado Marco Plitorio, y le dan muerte en el mismo sitio. Catilina, que llevó su cabeza á Sila, fué recompensado; luego fué á lavar sus manos ensangrentadas á la pila que contenía el agua lustral á la puerta del templo de Esculapio.

Aquel Robespierre aristocrático, que creía deber regenerar la república y las costumbres derramando torrentes de sangre, declaró, despues de la matanza de nueve mil personas, senadores, caballeros ó ciudadanos, haber proscrito sólo aquellos de cuyos nombres hacia memoria; pues por lo que hace á los demas ya les llegaria su turno. Entonces Cayo Metelo le dijo en el Senado: *Nosotros no intercedemos en favor de aquellos á quienes acabas de dar muerte, sino que te suplicamos saques de la incertidumbre á aquellos á quienes piensas dejar con vida*. Habiendo respondido Sila, que aún no sabia quiénes se encontrarían en este caso, aña-

dió Metelo: *Nombra á lo ménos á aquellos á quienes no quieres dar muerte*; y Sila:—*Así lo haré*.

Las ciudades que se habian pronunciado en contra suya experimentaron tambien parte de su frénética venganza: unas fueron desmanteladas, otras obligadas á pagar enormes multas ó vieron proscritos á todos sus moradores. Especialmente la Etruria, exenta hasta entonces de colonias, fué entregada á la codicia de los soldados.

En Esopoletto, Interamna y Fesulas fueron confiscados los bienes de todos sus habitantes, y una ciudad nueva, destinada á ser rival de Fesulas, fué edificada en el valle del Arno, y llamada Florencia por el nombre misterioso de Roma.

Entre tanto Pompeyo hacia la guerra en Sicilia, que, abandonada por Perpenna, acabó por rendirse. Habiendo pasado Carbon de Africa á la isla de Cosira, fué allí preso y llevado á presencia de Pompeyo, quien olvidado de sus antiguos beneficios, ó acordándose tal vez demasiado de ellos, á semejanza de los orgullosos, insultó su infortunio, luego le mandó dar muerte, aún cuando dejara á todos los demas el medio de salvarse. En el momento en que amenazaba exterminar á los habitantes de Himera, como fervientes fautores de Mario y de Carbon, su primer magistrado, llamado Stheno, clama en contra y declara que es injusto castigar á toda una poblacion por el delito de uno solo.

—*¿Y quién es el único delincuente?* preguntó Pompeyo.

—*Yo, que los he excitado contra Sila*.

Enternecido Pompeyo de tanta generosidad tuvo á bien perdonarle.

Despues de haber espantado á los romanos con tantos suplicios, se retiró Sila al campo, rogando al Senado eligiera á quien gustase para *interres*. Recayó la eleccion en Valerio Flacco, su hechura, que de acuerdo con él propuso nombrar á Sila dictador, título olvidado habia más de ciento veinte años (82). Confirióle, pues, el Senado por aclamacion la dictadura, y le erigió una estatua ecuestre en el foro donde goteaba todavía la sangre de tan ilustres ciudadanos. Insultando á la Providencia remuneradora se puso el sobrenombre de *Venturoso*; y habiendo dado á luz su esposa dos geme-

los les llamó *Fausto* y *Fausta*: tanto dista de la verdad el que cree que nuestras obras hallan aquí abajo su recompensa!

La victoria de Sila era el triunfo de Roma sobre Italia, el de los nobles sobre los ricos; inmensas fortunas acumuladas por los caballeros, merced al pillaje de las provincias, vinieron á ser presa de los soldados de fortuna ó de los senadores, quienes sostuvieron, unos con las espadas y otros con la intriga, la causa de la aristocracia. Una vez poseedor tranquilo del poder, declaró Sila que su intencion era hacer renacer la antigua república y restituir á las leyes su vigor primero; en efecto, reformó el Estado durante los dos años de su dictadura, restituyendo su autoridad al gobierno, destruyendo lo que habia empleado tantos siglos en conquistar la plebe, y comprimiendo la levadura de las pretensiones populares.

Estableció las reglas de eleccion para las primeras magistraturas. Se fijó en ocho el número de pretores y el de los cuestores en veinte. No se podia solicitar el consulado sino despues de la pretura, ni ésta sin haber sido cuestor antes. Ató las manos á los tribunos, quitándoles la autoridad legislativa á consecuencia de la abolicion de los comicios por tribus, y de la prohibicion que se les impuso de hablar en pró ó en contra de la ley propuesta; estableciendo, además, que despues de haber sido tribuno, no se podría aspirar á ningun otro cargo, ahuyentó de este empleo todo pensamiento ambicioso. Limitó el poder de los gobernadores en las provincias, y puso freno á sus exacciones; restituyó al Senado la autoridad judicial y la eleccion de los pontífices; arrebató á los latinos y á la mayor parte de las ciudades italianas aquel derecho de ciudad tan apetecido. A fin de llenar el vacío dejado por tantos ciudadanos muertos en las guerras civiles, ó mas bien para rodearse de hombres adictos á su persona, declaró libertos y ciudadanos á diez mil esclavos, que se llamaron Cornelios por el nombre de su familia. Como habian sido quemados los libros Sibílinos envió á recoger sus fragmentos á las ciudades de Ilion, Samos y Eritrea; formó una nueva compilacion de ellos, que confió á quince personas.

Habia necesidad de admitir sus reformas de grado ó por fuerza. Cierta dia que hallaba

alguna oposicion contó la fábula siguiente: *Sintiéndose molestado de una picazon un hombre zafio, se quitó su vestido, y mató cuantos insectos hubo á la mano. Como le picaran de nuevo mató á muchos más que la vez primera. Por último sintiendo una picazon todavia más fuerte, echó á las llamas su vestido y con él todo lo demas. Cuidad de que no os suceda lo propio.*

No hubiera tenido reparo en pasar de las amenazas á los hechos, y Lucrecio Ofella suministró la prueba. Se recomendaba á Sila por los importantes servicios que le habia prestado; osó oponer resistencia al dictador, y tomando éste asiento en su tribunal, mandó que le cortaran la cabeza. ¿No era en efecto dictador elegido por el pueblo y por el Senado segun las formas legales? ¿No tenía por este título derecho absoluto sobre la vida y hacienda de todos? ¿No era dueño de destruir ó de edificar ciudades, de derroçar ó de crear reyes? Mario se dejaba arrebatar por la fogosidad de la pasion; pero Sila mataba normalmente, y dentro de los límites de la legalidad.

Sosteniase todavia la faccion de Mario en Africa, donde Domicio Ahenobarbo le habia adquirido un aliado en el numida Yarbas. Enviado Pompeyo contra ellos, mató al primero é hizo prisionero al segundo. Concibió celos el anciano Sila contra el joven victorioso y le prescribió la vuelta á Roma. Obedeció inmediatamente, y satisfecho, el dictador de su docilidad, le confirió el título de Grande: otorgóle luego, aunque no sin dificultad, los honores del triunfo.

Sila, que continuaba proclamándose dichoso, quiso dar la última prueba de su desden hacia la humanidad, que habia hollado con su planta: abdicó (79), y se le vió pasearse como simple particular en medio de un pueblo, á quien habia diezclado. Erróneamente se atribuye esto á un acto de valor digno de ser admirado. Habia introducido en el Senado trescientas de sus hechuras: contaba Roma dentro de sus muros diez mil Cornelios que marchaban á cara descubierta, y que una palabra del dictador habia cambiado de esclavos en ciudadanos; ciento veinte mil veteranos, que primero habia conducido á la victoria, y despues hecho propietarios, se habian derramado por toda la Italia, interesados en conservar una vida de la que dependia su fortuna; la muchedumbre estaba poseida de

terror ó acostumbrada al yugo. Fué, pues, una vana comedia la que representó, cuando habiendo reunido el pueblo, le dijo: *Romanos, os devuelvo la autoridad sin límites que me habeis confiado y os dejo gobernaros por vuestras propias leyes. Si alguno de vosotros quiere que le rinda cuentas de mi administracion estoy pronto á hacerlo.* Despidiendo entonces á los lictores, se paseó como un simple particular sin que nadie se atreviese á insultarle. Sólo un joven aturrido le dirigió injurias; y él se contentó con decir: *Este será causa de que no se abdique la dictadura*; dividió su tiempo en su retiro entre el estudio y los placeres, escribió sus memorias, redactó un código para los habitantes de Puzzolas, contrajo una infame amistad con el cómico Rocio, el bufon Sorix y el actor Metrobio, que desempeñaba los papeles de mujer en la comedia. Pasaba con ellos los dias y noches en beber, consultar á los adivinos, celebrar los ritos griegos y hacer aún cosas peores. Por intervalos se despertaba su carácter feroz con deseo de manifestar que no abdicaba sino en la apariencia. Por eso dificultando rendir sus cuentas el cuestor Grauco, le hizo ahorcar cerca de su lecho, donde le tenía una extraña enfermedad, que le condujo al sepulcro (78): fué roído por una miseria que sin cesar renacia.

Habia durado diez dias su triunfo; despues de su victoria contra Mitridates, hacia mucho tiempo que Roma no habia visto uno tan espléndido. Llevaron allí 15,000 libras de oro y 115,000 de plata, fruto del pillaje de la Grecia y del Asia; además 13,000 libras de oro y 7,000 de plata, salvadas por Mario del incendio del Capitolio y recobradas en Prenesto: hizo además celebrar juegos tan magníficos que quedaron desiertos los de Olimpia; tuvieron sus exequias el aspecto de un nuevo triunfo: fué llevado su cuerpo de Cumas á Roma en un féretro suntuoso, sostenido por cuatro senadores. Marchaban al rededor los colegios de los sacerdotes y vestales: en su séquito iban el Senado y los magistrados con las insignias de su dignidad: despues seguian los caballeros y sus veteranos. Pasó el cortejo en medio de los lastimeros cantos en alabanza de aquel á quien habian perdido, del sentimiento de la muchedumbre y de las coronas de oro enviadas por las ciudades,

por las legiones y por todos los admiradores de su gloria. Fué sepultado en el campo de Marte como los antiguos reyes, de los cuales sólo le faltó el nombre, y se inscribió sobre su sepulcro que jamás habia existido nadie que supiera hacer mejor el mal á sus enemigos y el bien á sus amigos.

Dotado de notables cualidades, tan hábil en la paz como en la guerra, en la sedicion como en el consejo, caminó siempre hácia un objeto determinado, la restauracion de la aristocracia. Pero aún en vida suya vió caer muchas de sus leyes; no bien hubo muerto se desmoronó se edificio político; descompúsose la ciudad, que habia reconstruido su mano de hierro. Habia pasado el poder del pueblo á los comicios centuriatos, es decir, á los nobles; pero los patricios á quienes habia querido favorecer, no eran más que plebeyos ennoblecidos recientemente, nobleza viciada hasta la médula de los huesos; la única que existia á la sazón era la de los ricos. Siempre es esta la aristocracia ménos sólida, porque la movilidad del elemento que la constituye no permite á la opinion echar raíces. Sus mismos fautores debian hacer parar en breve el poder á otro. Ni Sila, que en sus aristocráticas preocupaciones acariciaba lo pasado, ni los Gracos, que aspiraban á hacerlo revivir por la democracia, se habian apercebido de la necesidad de un elemento intermedio, el único que hubiera podido mantener la paz por el equilibrio del uno y del otro.

Pero aquellos soldados, á quienes habia enseñado á enriquecerse con el acero y á sostener á los generales contra la patria, estaban cada vez más prendados de todo lo que tenía un carácter aventurero, pues veian la ocasion de una nueva guerra civil con su acompañamiento de saqueos y de proscripciones. Con la expoliacion estorbaba también á las familias empobrecidas despertar al país de su letárgica apatía y reparar sus pérdidas. Las inmensas riquezas llevadas del Asia brindaban cebo para agotarla aún más á fuerza de concusiones ó de entrarla á saco blandiendo las armas. El venturoso éxito de Sila alentaba á jóvenes audaces, como Lúculo, Craso, Pompeyo, César, convencidos desde entonces, por el ejemplo del dictador, de que Roma podia soportar un soberano.